

Otras veces se enfadaba contra tanto ruido, y protestaba diciendo:

—¿No te parece que esos dichosos pajarillos no son tan afinados como deberían? Pasan con suma "incorrección" de un tono á otro tono, y su canto no se sujeta á ninguna regla. A lo mejor, y en medio de las "fioriture" con que nos regalan el oído, sueltan notas intempestivas y disonantes, atroces é insufribles. El coro formado por estas avecillas, á pesar de todo, no tiene nada de clásico; se conoce que carecen de director que las discipline y ponga en perfecto acuerdo. Cada cual va por su rumbo, y sin preocuparse por su compañera. El zenzontle suelta sus gorgeos, la calandria los suyos, el clarín no sale de sus trece, y los otros pajarracos parecen empeñados en echar á perder con sus graznidos, las voces de las aves más melodiosas. De todo ello resulta una baraúnda, una "confuseón" y una cacofonía, indignas de la naturaleza. Dígase lo que se quiera, una orquesta bien arreglada, con sus timbres convenientemente distribuidos (los de metal, los de madera, los de cuerda y los de "percuseón"), vale más, mil veces más que esta imponente greguería disonante, irregular y salvaje. Me duele la cabeza al querer enumerar los errores y faltas sinfónicas que comete esta banda estrepitosa de alados artistas. ¡Quién pudiera tener gobierno sobre ellos, empuñar la batuta

y hacerles obedecer los buenos principios y los buenos métodos! ¡Cuánto ganarían con una buena "dirección" y qué partido tan grande podría sacarse entonces de sus "escelentes dispoíceones!"

Joaquín, en tales casos, como sabía leer como en libro abierto en el pensamiento de su maestro, hubiera jurado que Gómez y Pérez aspiraba á ser el maestro al cémbaro del viento, del río, de los arroyuelos y de las aves, para sujetár á tan imponente coro á sus métodos de ejecución y á una severísima disciplina, de compás, ritmo y armonía. Tales pretensiones le hubieran hecho sonreír, á no haber estado él mismo embargado por emociones profundas, que no le dejaban espacio para ocuparse en cosas técnicas ni fruslerías de contrapunto. No participaba de la opinión desfavorable de don Teodomiro respecto á los arpegios y cadencias que escuchaba, pues, bien que le pareciesen ajenos á los cánones establecidos como Gómiz ó Eslava, le producían un encanto arcano é inefable, superior á cuanto había oído hasta entonces en templos, teatros ó salones, y dentro de los muros levantados por la mano del hombre! ¡Qué diferencia tan inmensurable entre la grandeza de aquellos coros y la mezquindad de los humanos, ó de las más ricas é inspiradas sinfonías! La íntima absorción y el éxtasis constante que le hacían caminar como fuera de sí por los sitios

que cruzaba, no le permitían entrar en molestas y pesadas disquisiciones sobre tecnicismos convencionales, no le convidaban á apartarse un solo punto del ensueño en que iba sumido. A esto se mezclaban los dolorosos recuerdos de su amor desgraciado, presentes siempre á su corazón. El semblante de la huérfana se unía por extraño capricho á cuanto de hermoso miraba en el cielo, en la selva, en el río, en el lejano é inmenso horizonte; por donde quiera girasen sus ojos, flotaba la imagen de Berta, haciéndole suspirar hondamente y llevando á su corazón la dulce angustia del amor y de la tristeza. También las músicas de aquellos campos le recordaban la voz de la huérfana, aquella voz tan suave y expresiva, tan tierna y patética, que le hablaba de juventud, de ilusiones, de amor y de dicha; y así, repartida su atención entre las maravillas de la tierra y el cielo y la ausente hermosura de su amada, no quería saber ni oír nada de cuanto se refiriese á la vida real, porque hablar de las cosas de este mundo, le parecía una profanación, un desacato, un delito; una caída de los cielos á la tierra.

No contestaba, pues, á su maestro, para cortar el diálogo y tornar pronto á su arrobo, ó bien respondía con breves monosílabos, que no daban lugar á explicaciones ulteriores; y continuaba silencio-

so viendo, oyendo, admirando y lanzando al cielo el incienso de su adoración y de sus hosanas. Le parecía sueño hallarse bajo aquellos tupidos bosques, por donde apenas podían caminar las caballerías, á la sombra de frondas entrelazadas, en la sagrada obscuridad de los poblados montes y á la vista de una vegetación delirante, de arbustos, lianas y trepadoras, que por todas partes surgían y se enredaban en verdes y complicadas rúbricas á los troncos robustos ó á las delgadas tendidas ramas que las sustentaban. Maravilloso hallaba el variado coro de rumores, voces y cantos que surgía por donde quiera, formado por el oleaje de la resonante arboleda; por el mugido de ríos caudalosos que pasaban coronados de espuma por las aberturas de los montes y se quebraban en los picos de abruptas peñas; por el murmullo de cristalinos arroyuelos que, lamiendo troncos de árboles y plantas, se deslizaban al través de hileras de espadañas y de lirios; y por los trinos de inúmeros pajarillos, que gorgoreando á su lado ó en lo más repuesto y escondido del ramaje, formaban fresca y jubilosa algarabía propia de bosque virgen, tierra no profanada por el hombre, égloga é idilio. Alguna vez se hacía el silencio en la selva, y del seno de la misteriosa penumbra, salía el acento solitario de alguna ave canora, que entonaba

sus arias y cavatinas, respetada por el céfiro y las otras avecillas, en atención, sin duda, á ser la más entonada, sentida y melodiosa de todas; como si hubiese habido tácito acuerdo entre los espíritus de la naturaleza, para recogerse y pensar de este modo: "ahora que va á cantar este trovador, que es el de mejor garganta de la selva y el que sabe ejecutar más limpios arpegios, callemos para escucharle, y meditemos, mientras eleva la voz, en cosas santas y sublimes."

Así, aquella peregrinación sencilla con rumbo al Pacífico, que no hubiera sido para cualquier alma vulgar más que un episodio trivial de la vida, fué para Joaquín una revelación, una ascensión, un apocalipsis, que despertaron en su interior, ideas, potencias y sentimientos hasta entonces adormidos en los limbos oscuros de su ser. Hablaba poco, suspiraba mucho y se apartaba de todos, absorto en la contemplación de aquellas bellezas, anheloso de no perder ni el rasgo más leve del paisaje ni la nota más tenue de las orquestas del bosque; y como llevado por los aires, como transportado sobre las alas de un genio, cruzó las augustas selvas, penetrándolas con su inspiración, y recibiendo la impresión indeleble de sus formas y sonidos, destinadas á vibrar perennemente en la urna de su corazón, como bullente oleaje de luz y de oro.

Preparado y sacudido por impresiones tan hondas, llegó á las playas del Mar Pacífico, que Vasco Núñez de Balboa fué el primero en mirar desde las montañas de Nicaragua, y al contemplar aquel sublime espectáculo, con sus pintorescos detalles de la Piedra Blanca y el Cerro del Vigía, quedó como aturdido y fuera de sí. Nada más semejante á la inmensidad que aquella ilimitada llanura de movedizas olas, extendidas hacia adelante hasta confundirse con el refulgente horizonte y convertirse en otro cielo azulado y diáfano, que apenas podía distinguirse del verdadero por leve é indecisa línea de tono más alto; nada más semejante al arcano, que aquel abismo insondable y monótono, que hablaba cosas sublimes al espíritu en el lenguaje majestuoso é incomprendible de sus rumores y murmullos; nada más semejante al infinito que aquella extensión sin término, siempre igual, siempre la misma, sin edad, sin fecha, sin guarismo. Ante espectáculo tan maravilloso, sintió estallar su corazón en himnos de adoración al Omnipotente, y á su infinita y arcana grandeza. Colocábase diariamente en atalaya sobre alto y solitario peñón, y permanecía separado de la compañía y trato de sus colegas, para entregarse á la contemplación de aquel monstruo de escamas de plata y oro, que era también un leviatán de negras espaldas, se-

gún le sonriese la luz, ó le encapotase la sombra. Y á merced de aquel arrobaamiento nunca antes sentido ni imaginado, fueron abriéndose poco á poco las puertas de su alma á inspiraciones y concepciones más elevadas, como si aquellas ráfagas de aire y luz que venían de lontananza, hubiesen sido una pentecostés artística que Dios hubiese enviado sobre su cabeza. Al influjo de aquellas impresiones, compuso sus primeras piezas de música, "El Océano," "La Voz de las Olas," "En la Playa," y otras que algún tiempo después se popularizaron é hicieron célebres en Fópoli.

Don Teodomiro, que era su eterno confidente, no sospechaba que el óleo de la iniciación artística que le había administrado, pudiese producir en él resultados tan rápidos ni admirables, y quedó profundamente sorprendido al pasar los ojos por los primeros ensayos de Joaquín, frescos, inspirados, llenos de brío y de juventud.

—Bien hijo, exclamaba entusiasmado al pasar los ojos por aquellas páginas... ¡Hombre! ¡hombre!... ¡Qué bien! ¡qué bien!... Parece increíble.

• Y llevando el compás con la diestra, (compasillo, tres por cuatro ó lo que fuese), con el índice y el dedo del corazón extendidos, y plegados los otros tres, talaraba en voz baja las partes más salien-

tes de las composiciones, y se enardecía á tal punto á las veces, que amenazaba sacar los ojos á su discípulo con los ademanes rítmicos de su nerviosa mano. A ratos soltaba el trapo á la voz cascada, interpretando con deleite lo que mejor le sonaba y parecía de cuanto iba leyendo.

—¡De perlas! clamaba; aquí nada sobra ni falta; el tema es hermosísimo... La "combinaceón" de las notas, admirable... Te felicito, Joaquín, mereces mis plácemes... Pero ¿será posible que no te equivoques nunca?... ¡Bravo! ¡Bravo! te he cogido en un "tenunceo." Aquí sobra un silencio, aquí falta una corchea... No digas que ha sido un error de pluma; se conoce que te equivocaste de veras: confiésalo... Hombre ¡qué gusto me da poder corregirte en algo! No sería justo que los veinte años, apenas pasados, supieses tanto como yo, que soy tan viejo. Pero oye, hijo, creo que pronto vas á dejarme muy atrás y que llegarás á valer tanto como Rossini, (que era el compositor más admirado en la época); y no te digo que tanto como los grandes maestros alemanes, porque no me creas hiperbólico. Tan pronto como volvamos á Fópoli "instrumentaremos" estas piezas y las harémos tocar por la banda y por la orquesta... Verás que "efeto" producen... ¿Y las romanzas?..

Se las pondremos á Berta; sólo ella podrá interpretarlas "con amore."

El nombre de su amada, que salía á la conversación una ú otra vez, hacía estremecer al joven, recordándole los hechizos y desdenes de su compañera de infancia, y la misma melancolía y el mismo dolor que le atormentaban entonces con mayor fiereza, tornábanle más romántico, y le predisponían mayormente á recibir con blando pecho la impresión de tantas sublimidades como iba viendo y oyendo.

Desgraciadamente todas las medallas tienen su reverso. Hacía en el puerto un calor capaz de derretir las piedras, y nubes de mosquitos zumbaban día y noche por el espacio. La temperatura y el "perjuicio" obligaron á los artistas á tomar algunas medidas para evitar insolaciones y aliviar las picaduras que sufrían; por lo que se abstenerían de salir del hotel durante las horas del mayor bochorno, mantenían cerradas todo el día las puertas de sus habitaciones contra los mosquitos, y se metían en el agua bajo á cada paso, en busca de un poco de frescura.

Joaquín y sus compañeros se sometieron á ese régimen hidroterápico, con la voluntad y el alborozo propios de la juventud, y tanto á la madrugada como al obscurecer, y aun ya entrada la noche, se entraban por el mar, nadando los que podían, y recibiendo todos el choque de las

olas, que llegaban mansas y rumorosas á la playa. Sólo don Teodomiro, fiel á su costumbre de no bañarse sino en los meses de verano, en tiña y á puerta cerrada, se resistió á seguir el ejemplo de sus jóvenes amigos y los dictados de la higiene, y se pasaba las horas sudando la gota gorda y de mal humor, mas sin dejarse hablar de baños ni de mojaduras.

Pero Joaquín, que se interesaba por él tanto como si hubiera sido su hijo, cogió la ocasión por los cabellos para emprender una cruzada contra la hidrofobia de su querido maestro, y hacía cuanto podía por inducirle á que se sumergiese metódicamente en las bullentes ondas, para gozar las delicias inefables del agua del mar, precaverse de enfermedades y evitarse molestias. Desgraciadamente tuvo una vez la mala idea de hablar de la limpieza y del aseo como de un deber sagrado para las personas cultas y de buena crianza.

—¡Alto ahí! saltó don Teodomiro enfurruñado. ¿Qué músicas son esas? ¿Qué entiendes por aseo, desaseo y todos esos trampantojos?

—Lo que todo el mundo, maestro; mi opinión es la de todos.

—Eso es muy vago: quisiera tener delante de mí al "dotor" y "maistro" en esas vulgaridades al uso, para discutir el punto "ampleamente" y á conciencia.

—Maestro, yo no soy capaz de ello, ni aunque lo fuera, me pondría frente á usted para discutir, porque le tengo respeto.

—Mil gracias; ya sé que te pasas de bueno y me quieres; pero eso no debe excusarte de contestar algunas preguntillas que voy á formular. En primer lugar esta: ¿existe la suciedad?

—¡Cómo nó! ¡Ojalá no existiera! repuso Joaquín escandalizado por la naturaleza de la interrogación.

—¡Bien, muy bien! En segundo lugar: ¿Qué es la suciedad?

—No puedo definirla; pero se me figura que es todo aquello que por su aspecto ú olor repugna á la vista y al olfato.

—“Perfetamente,” repuso Gómez y Pérez, estregándose las manos con satisfacción; con eso me basta.

—¿Está usted conforme?

—Si y no; voy á explicarme. Lo estoy porque la “cuesteón” ha quedado bien fijada en los términos que has dicho; pero no lo estoy, porque no creo que exista la suciedad, y tengo por sabido que lo que suele llamarse así, no lo es, ni mucho menos.

Joaquín abrió los ojos como si hubiese oído una blasfemia, pero no dijo palabra.

—¿No lo crees? Pues vas á verlo.... Si analizas y descompones las “sustán-

ceas” catalogadas bajo ese nombre ¿qué es lo que encuentras? ¿Acaso algo “extraordináreo” y que entre en “composiceón” sólo para formar esos “produtos”? No señor, hallas líquidos y óleos que abundan por todas partes y entran en la “composiceón” de líquidos y gases tenidos en grande estima por sabios é “inorantes,” y renombrados por su nítida limpieza, como el agua, los éteres de la glicerina, el ácido cenántico, el cloruro de sodio y los fosfatos. Hecha la “separaceón” de esos componentes, el químico y el farmacéutico los embotellan ó ponen en frascos de diáfano y hermoso cristal (tal vez del que llaman cortado) y de esmerilado tapón, y señalándolos con “dotos” letreiros en griego ó latín, los colocan en elegantes armarios de cedro ó caoba, como ejemplares de gran utilidad, demanda y valor. Por consiguiente, ya lo ves, todo es “cuesteón” de “preocupaceones” y rutina. En la obra de Dios no hay nada “súceo,” y todo es obra suya. ¡Todo es, pues, aseado, y blasfema quien diga lo contrario! Aquello que “repuna” al “inorante,” procede de la mezcla de nobles y valiosas “sutánceas”, que tienen igual título á la “consideraceón” del hombre, que las llamadas limpias y perfumadas, como el azahar y las rosas.

—Pero, protestó Joaquín, no puede us-

ted negar que eso que la voz general llama desaseo, choca á la vista y al olfato.

—Para allá voy, hijo, para allá voy, ó mejor dicho, para allá iba. También en esto hay sólo “preocupación” y rutina. ¿Qué cosa más mal oliente que la “valereana” ó la azafétida? Y sin embargo, á nadie se le ha ocurrido hasta hoy, decir que sean inmundas esas “sustancias.” Y por lo que hace á la vista ¿qué puede haber más desagradable á los ojos que los hongos ó las ostras? Los hongos, blandujos, de sombrero terroso, velludo y deforme, hacen una “impresión” intolerable á la simple vista; y las ostras, viscosas, opacas y con núcleos blanquecinos, tienen mucha semejanza con las “espetoraceones” humanas. Y sin embargo, ya ves cuán apreciados son unos y otras por la gente pulcra, elegante y encopetada: las parisienses se mueren por los primeros y las “ladies” más melindrosas sorben con infinito deleite toneladas de los segundos.... Queda, pues, demostrado que tu regla no es buena, y que lo que hiera la vista y el olfato, no es “súceo.” ¡Conventionalismos y fábulas, hijo; nada más que fábulas, hijo; nada más que fábulas y conventionalismos!

—Pero nadie tiene derecho para molestar al prójimo con sus emanaciones pestilentes, insistió el joven con timidez.

—Esa es harina de otro costal; que se

laven y bañen en buena hora los que huelan mal; no porque eso tenga nada de particular, ya que la “traspireción” no es más que un poco de agua y otro poco de ácido y de sales; sino para evitar los melindres de la gente demasiado fina y aspaventera. Ya que el “boticáreo,” que aspira día y noche el olor del yodoformo y el unguento populeón (que no huelen á ámbar por cierto), puede meterse á delicado y hacer ascos al sudor, convengo en que se lave y enjabone el que trascienda á lo que por rutina ha dado en llamarse “hedeonidez” ó peste; pero eso no “significa” en modo alguno que tenga igual “obligación” de hacerlo así, quien carezca de ese titulado “defeto”.... Yo, por ejemplo, aunque me esté mal el decirlo, jamás he “eshalado” olores nauseabundos, y eso que, te lo confieso, hace como veinticinco años que no me meto en el agua..... desde que sufrí una pulmonía, poco después de cumplidos los cuarenta años. Por cierto que el médico que me asistió me dió el buen consejo de no tener sino el menor trato posible con el agua. “De cuarenta para arriba, no te mojes la barriga,” me dijo sentenciosamente; y desde entonces, habiendo seguido su parecer al pie de la letra, he vivido sano y contento..... Con razón decían nuestros abuelos que “la cáscara guarda el palo.....” ¿Ves, como tu tesis no es tan cierta ni

fácil de demostrar como te lo figurabas? ¿Ves cómo tu teoría se reduce á errores y falsas delicadezas? Debes, pues, concederme la razón, y confesar que si no me baño, es porque no tengo por qué ni para qué..... Aunque fuese tan "hedeondo" como los zorrillos, nada aventajaría con bañarme.... Imagínate un zorrillo bañado, enjabonado y estregado con estropajos ásperos: ¿crees que olería menos mal debido á tan exagerados, pulcros y empeñosos esmeros?

Joaquín hubiera podido replicar que, fuese como fuese, la suciedad molestaba los sentidos, que con eso bastaba para que debiera evitarse, y que, considerado el aseo aun desde este solo punto de vista, era una especie de caridad debida al prójimo en rigurosa justicia; mas, por respeto á don Teodomiro, prefirió callar, aunque sin darse por vencido en sus personales propósitos, ni en sus deseos de propaganda higiénica. Así, pues, cambiando de táctica, no habló ya en lo sucesivo de las ventajas del aseo, sino sólo del calor sofocante de la atmósfera y del alivio que se sentía dentro del agua, ó bien de las virtudes confortantes que tenían las ondas saladas para curar toda dolencia, pues calmando la tensión del sistema nervioso, preparaban el organismo á una vida robusta y dilatada. Con aquella cautela, logró al fin, después de varias tentativas

abortadas, lo que hasta entonces no había podido conseguir y tanto deseaba, y fué ver en día inolvidable, á su querido maestro, despojado de sus viejas y descuidadas ropas, tomar el primer baño, después de cinco lustros de abstención hidroterápica.

Quien no hubiese sido tan cariñoso para don Teodomiro como lo era él, habría reído de buena gana, al ver en traje adámico la figura huesuda y amojamada de Gómez y Pérez, sus pantorrillas secas, sus brazos sin bíceps, sus pectorales sin músculos, su espina dorsal arqueada y espinosa por la prominencia de las vértebras, y su cabeza de pelo revuelto, terminada hacia abajo por barba luenga y aborascada. Tal era el aspecto que presentaba aquel genio desconocido, libre de estorbos y pingajos. El miedo que el buen maestro mostraba al elemento líquido, hacía más cómica su figura, pues iba con pasos trémulos y menudos por el agua, como chucuelo asustado, que echa de menos la protección de la mamá. Joaquín, para infundirle alientos, le llevó por la mano, hasta el sitio donde las olas le alcanzaban á la cintura, y allí le sostuvo vigorosamente para que se serenase, y conviniese en zambullirse. Después de mil temblores y vacilaciones, logró obtener de don Teodomiro aquella nueva concesión, y verle darse un chapuzón en el agua, aunque agarrándose á él con ansias de náufrago

y espanto en los inyectados y bien abiertos ojos.

Por fortuna probaron bien los remojones al maestro, y como le ponían vigoroso y contento á ojos vistas, y según su misma confesión, siguió aplicándoselos con bastante regularidad. ¡Tan cierto es así, que hasta las naturalezas más indómitas suelen dejarse gobernar por la necesidad ó por la astucia! Mas nunca sucedió, con eso y todo, que don Teodomiro dejase de sentir un miedo cervical al elemento líquido, ni de oponer fuerte resistencia á internarse por él, aun en las partes menos hondas; si bien se dejaba vencer habitualmente por los ruegos de su discípulo, y se resolvía á dar un corto paseo mar adentro, bien aferrado á las manos de Joaquín. Y siempre, antes de salir del agua, trémulo, sofocado y con las carnes amaratas, se detenía unos momentos á reflexionar sobre temas musicales, vuelto el rostro á la inmensidad azul y movediza, y haciendo estas ó parecidas observaciones:

—¿Oyes, Joaquín? El golpear de las olas forma el bajo continuo, y las voces del viento una opulenta sinfonía... ¿Qué diría Luis Viadana si escuchase esta profunda é incesante base de orquesta?... Me preocupa averiguar las notas exactas por medio de las cuales podrían traducirse estos acordes. ¿Son do, mi, sol, do; ó

sol, do, mi, sol? No puedo precisarlo; pero estoy seguro de que el mar canta siempre en tono mayor, y el viento siempre en tono menor. El primero grita, amenaza, ruge; el segundo suplica, se lamenta y gime.... Oyelo; no dirás que me equivoco.

 XI

Algunas metamorfosis.

Al volver Joaquín de Tepic, obra de dos meses después de su salida de Fópoli, tuvo ocasión de comprobar la verdad del adagio que dice: "quien de su casa se aleja, no la halla como la deja," pues encontró tan cambiado el Hospicio, como si fuese lugar distinto del antiguo. En realidad, hubiera podido afirmarse que todo había continuado inalterable, salvo algunos detalles; pero como eran estos precisamente los que giraban dentro del radio de vida del joven, todo lo veía al través de aquellas mutaciones, y de su impresión particular, sacaba deducciones generales.

Vagó las primeras horas después de su regreso, por patios, corredores y pasadizos, buscando algo que no podía encontrar; y como á nadie quería ú osaba interrogar, no le fué dable orientarse desde luego. Ese algo, como bien se comprende,